

gamente. Regina retrocedió pálida, pero sin ira. Fernando, seguro ya de su conquista, y no creyendo que debía aparentar dudas, le dijo:

—¿Cuándo volveré á ver á Ud.?...

—Es preciso—le contestó—que yo lo piense mucho. El asunto es demasiado grave. No tengo cerca de mí una persona de quien aconsejarme... Concédame Ud. un poco de tiempo... el menos tiempo que sea posible, añadió, viendo que Fernando se entristecía. Pero no venga Ud. hasta que yo le escriba. Y, sobre todo, no dude Ud. de mi amistad, de mi afecto...

Al oír estas palabras ricas en promesas, quiso el bello Fernando volver á acercarse á ella; pero la Condesa le hizo con la mano un saludo en señal de despedida, que se parecía prodigiosamente á un beso, y ligera se internó en la calle de árboles que conducía al castillo.

El Barón estuvo un momento pensativo, y luego, sacando del bolsillo un cigarro, le encendió, y arrojando hacia el cielo con orgullosa satisfacción las bocanadas de humo, se alejó.

VI

La proposición de Fernando era para Regina completamente imprevista y singularmente grave. Le amaba; esto no lo podía negar. Pero temía mucho que se alterase su tranquilidad. Como se propuso durante los doce años de vida retirada y solitaria, había adquirido hábitos de reposo que le sería muy penoso abandonar. Era independiente, y tendría en lo sucesivo un dueño de su voluntad. La vida cómoda y ociosa que tanto amaba, ¿no la alteraría completamente un hombre activo y emprendedor, y amigo de la sociedad? Gracias á una prudente y económica administración, había logrado reconstituir su fortuna. ¿Se expondría á que un derrochador la arruinara?

Fernando había sido muy franco y sincero con ella, diciéndole que era un gran sacrificio el que le pedía. Pero en esto se veía qué bien conocía á las mujeres en general, y á Regina en particular, cuando no temía apelar á su ab-

negación. ¿Era acaso el temor de parecer egoísta el sentimiento que movía á la señora de Croix-Mort á aceptar su proposición? Además, en la palabra *matrimonio* había para Regina un encanto, á cuya influencia no podía sustraerse. Había sido tan poco esposa la primera vez, y el difunto Croix-Mort, tan escéptico, tan seco y frío, no era, ciertamente, el hombre que ella había soñado. Había tenido que reprimir todas sus efusiones, y su marido había desdenado indiferente todas sus ternuras. Le había dado su nombre, una hija, y nada más. Después de estar restablecida del parto, no le había vuelto á ver más que en el comedor ó en el salón. Y no oía hablar de él más que para saber que era el amante de la bella señora X..., ó que había perdido cien mil francos al *bacarrat*; ¡Qué diferente Fernando! ¡Tan distinguido, tan asiduo, tan enamorado! El señor de Croix-Mort era moreno como su hija; Fernando, blanco y rubio. El negro pasado hacía muy tentador este porvenir dorado. Y, en fin: ¿no era una imprudencia de su parte rechazar la reparación que lealmente venía á ofrecerle Fernando?

Agitáronse durante cuarenta y ocho horas todos estos pensamientos en su cerebro, y cuantos argumentos se le ocurrían contra el

proyecto de matrimonio no lograban más que avivar el deseo de realizarlo. Se decidió á hablar del asunto al Cura bendito, que comía con ella aquel día. Tenía curiosidad de ver qué impresión le haría la noticia. Después que le instaló en el sillón de costumbre, al lado de la chimenea del gabinete, con una copita de *chartreuse* sobre el velador, al alcance de la mano del digno clérigo, empezó su confidencia. Comenzó por un elogio de las cualidades del señor de Ayères, luego recordó al Cura lo que él mismo le había dicho dos meses antes acerca de una unión posible, y viéndole sonreír con inocente malicia, terminó diciéndole que el proyecto estaba en vías de realizarse.

—Señora Condesa—dijo el Cura, creyendo que se trataba de Edmea,—me parece una excelente alianza, un proyecto muy acertado... Y es para mí una satisfacción haber contribuido á hacer á Ud. pensar en una alianza que ha de estrechar los vínculos entre las dos familias más importantes de la comarca. Los futuros esposos parecen realmente nacidos uno para el otro...

—Hay—repuso Regina—una ligera desproporción de edad, y confieso á Ud. que esto es para mí un motivo de inquietud...

—No importa, no importa—dijo el Cura.—

Un poco de madurez da siempre mayor autoridad, y siempre es conveniente en un matrimonio... Es preciso conocer la vida, para defenderse de sus peligros y evitarlos... Y el futuro esposo...

—Sí, sí; ya sé que hasta ahora no ha sido tan juicioso como hubiera debido serlo; pero creo que esa misma circunstancia es una garantía de tranquilidad, y que es preciso que un marido haya corrido aventuras antes de casarse para que no quiera correrlas después... Podrá usted decirme que mi difunto esposo, cuya juventud había sido borrascosísima, continuó corriendo las mismas borrascas después de casado... pero entiendo que con Fernando no ha de sucederme lo mismo.

El Cura, á quien ya había parecido el lenguaje de la viuda un poco ambiguo, abrió enormemente los ojos, y se preguntó si estaría soñando. La Condesa parecía hablar de sí misma. Pareciple necesario aclarar la situación; y creyendo proceder con prudencia, se dejó caer con esta pregunta de doble sentido:

—Y su querida hija de Ud., ¿ve este proyecto de matrimonio con entera satisfacción?

—No le he hablado todavía. Como Ud. comprende, es para mí sumamente delicado abordar este asunto... El carácter de mi hija es muy

original, y temo que no ha de ver con gusto una modificación tan completa en nuestra existencia... Por eso he contado con Ud., migo mío, para que la vaya preparando á conocer este suceso...

Ya no había duda. El clérigo contestó bastante turbado:

—Señora: ya sabe Ud. que siempre estoy dispuesto á servirla.

Por muy decidido que estuviera el Cura á respetar la voluntad de su amiga y feligrés, no pudo prescindir de discutir un poco el asunto. El Cura quería hacer un loable esfuerzo. "Me expongo—se dijo—á cerrarme para siempre las puertas de esta casa tan hospitalaria; y adiós mis comodidades, á que estoy tan acostumbrado; pero el deber es antes que todo." Y repitió á la Condesa, pero acentuándolos y extremándolos, todos los inconvenientes que ella misma había expuesto. Sin embargo, la encontró muy resuelta. Parecía, ¡caso extraño! que la oposición la animaba y enardecía. Entregada á sí misma, sentía vacilaciones y dudas, sospechaba y temía; pero si se le hacían objeciones, entonces se decidía, y respondía de todo con soberbia confianza.

El Cura no insistió. Había dicho lo suficiente para tranquilizar su conciencia y poner á cu-

bierto su responsabilidad de director espiritual de la Condesa. Por lo demás, nada de lo que podía decir contra el señor de Ayères lo ignoraba la Condesa. El Barón se había comido alegremente lo mejor de su hacienda, y no era un católico muy fervoroso. Pero, ¿quién sabía?... Su mujer acaso le aficionaría á la economía y le podría inspirar ideas religiosas. Después de todo, y pensando bien en el asunto, el excelente clérigo prefería que aquel calavera se casase con una mujer experimentada que con la tierna é inocente Edmea. Esta flor de los bosques necesitaba un dulce y suave cultivo en una atmósfera pura y sana. Y aquel parisiense no era el jardinero que más le convenia. El Cura aceptó la misión que la Condesa le confiaba de poner la novedad en conocimiento de la niña, y encargó que la mañana siguiente la enviasen á su iglesia. Y después, despidiéndose de la señora de Croix-Mort, tomó, precedido de un criado con un farol, el camino del pueblo.

La mañana siguiente, Regina se hallaba en el gabinete, fantaseando, tendida en su diván, cuando volvió de la iglesia su hija; oyó sus pasos firmes y fuertes en el vestíbulo, y creyó que, como de costumbre, iba á subir á su cuarto sin entrar á verla. Pero la puerta se abrió, y apareció Edmea. Al verla, Regina se incorporó

vivamente, y madre é hija se miraron un momento. Una llamarada iluminó el semblante pálido de la joven.

Inclinó su frente pensadora, y esperó, como si hubiera sido un juez á quien su madre debía dar explicaciones. El silencio era tan penoso ya para Regina, que no pudo sufrirlo mucho tiempo, y yendo derecha al asunto, preguntó:

—¿Has visto al señor Cura? ¿Te ha hablado?

Dijo estas palabras brevemente, con aire resuelto, no queriendo capitular con su hija, cuya fiereza independiente y salvaje conocía.

—Sí:— contestó Edmea.

Y en sus ojos brillaron dos lágrimas de fuego.

La madre la vió llorar; y, enternecida, se levantó, la cogió, la abrazó con efusión, diciéndola tiernamente:

—¡Hijita mía, mi querida niña!... Dime, por Dios, que no te doy un pesar... ¿Por qué lloras? ¡Bah! Pues si yo te amaré lo mismo, más todavía, porque te habré de estar agradecida... Seremos dos para amarte... ¡Si supieras!... ¡Es tan bueno!... Segura estoy de que tú le amarás también...

Edmea, oyendo estas palabras, se desasíó violentamente de los brazos cariñosos de su madre, y con el rostro encendido en ira, exclamó:

—¡Amarle yo!... ¡Jamás!

—¡Edmea! ¡Niña!

—¡Jamás!— repitió con firmeza. —¡Jamás amaré yo á ese extraño que viene á trastornarlo todo en la casa de mi padre, á cambiarlo todo... hasta el nombre que Ud. lleva.

La Condesa, sorprendida, miró á su hija, que, lívida, con los ojos negros respirando odio, la boca convulsa, temblaba estremecida. En fin, serenose un poco, y con tono severo, repuso Regina:

—Esperaba hallar en tí otros sentimientos. No creía que serías tan violentamente hostil á un proyecto cuya realización debe procurarme la felicidad en los últimos años de mi vida... ¡Quizá hubiera yo concedido mucho á tus súplicas, á tu amor, á tu sumisión; pero á tu cólera y á tus violencias, nada, hija, nada!

Edmea, en pie en el mismo sitio, escuchó en silencio lo que le decía su madre. En sus labios se dibujó una amarga sonrisa cuando su madre habló de sus esperanzas de felicidad; cuando le oyó confirmar la resolución adoptada, su semblante no expresó ningún sentimiento; parecía de marmol.

Movió la cabeza, como si dijera: “¡Está bien!,” y sin decir palabra, salió. Salió á la terraza, corrió al parque, bajó hasta la orilla.

del río, y allí, sentándose sobre el césped, estalló en dolorosos sollozos.

Hacia tiempo que estaba allí gimiendo desconsolada, cuando el estallido de una rama rota detrás de donde se hallaba, le hizo volver la cabeza.

El guarda Juan Billet la miraba triste y grave. Le hizo con la cabeza, en medio de su llanto, un amistoso y triste saludo.

—¿Y qué es eso?—dijo el guarda.—¿Lágrimas tenemos?... ¿Qué le han hecho á mi niña, á mi señorita?

Edmea se enjugó los ojos.

—Tengo mucha pena, querido Billet,—dijo al guarda.

Éste dejó su escopeta junto al tronco de un árbol, llegose á la niña, y fijando en ella sus ojillos grises que brillaban astutos bajo sus enmarañadas cejas, dijo:

—Á ver, á ver, qué pena es esa.

—Es muy sencillo. Tú sabes que mamá no se ha cuidado nunca de mí.

El guarda encogió los hombros.

—Porque no quiere á su hija,—dijo brutalmente.

—No es eso lo que quiero decir—interrumpió vivamente.—Pero ella tiene sus ideas, y yo... creo que no tengo bastante talento para com-

prenderlas... Conoce y sabe muchas cosas que yo ignoro... Y no encuentra placer en hablar conmigo. Á ella, cuando era niña, la pusieron en París en un convento, donde tenía muchos profesores... Yo no he tenido otro que el señor Cura, y creo que el buen hombre, aunque se ha tomado conmigo mucho trabajo, no me ha enseñado todo lo que yo debiera saber... Mamá dice siempre que soy una ignorante, una salvaje...

—Pues no es malo eso.

—Ella se avergüenza un poco de mí... y me desdeña—continuó Edmea, sin poder contener las lágrimas.—¡Ah, Billet! ¡cómo la hubiera adorado yo si ella hubiese querido!... Una sola palabra cariñosa de cuando en cuando hubiera bastado... ¡Tenía yo tantos deseos de que me quisiera!... Y he estado reducida á amar solamente el retrato de mi pobre papá, que no me hablaba tampoco, pero que, dentro de su marco negro, me miraba y me sonreía dulcemente...

—¡El papá sí que era un hombre completo, y, sobre todo, un gran cazador!...

—Pues mira; mamá le ha olvidado, y se va á casar con otro.

Edmea se ahogaba, conteniendo los sollozos, y sin poder continuar hablando, ocultó la

cara con sus manos. Billet se había puesto blanco lo mismo que el papel.

—¿Está ya resuelto?—preguntó.—Desde el primer día me dió el corazón que el mozo ese nos había de dar que hacer y que sentir... Pero temía yo que no se dirigiese á la señora, sino á otra... Más vale así.. ¿Conque está resuelto? Sí: ¡si hace mucho tiempo que caracolean los dos por los bosques!... Yo los he visto, pero ellos á mí no...

Sintió Edmea el calor de la vergüenza en el rostro, y poniendo su mano en la boca del guarda, le dijo:

—¡Cállate! Es mi madre.

El guarda bajó la cabeza, y encogiendo los hombros, murmuró palabras confusas, y luego preguntó á Edmea.

—Y mi señorita, ¿qué es lo que va á hacer?

—Nada; pero soy muy desgraciada.

Y volvió á llorar: el guarda le hizo reflexiones como suyas, y con tiernas y pintorescas frases se esforzó en consolarla. Bien sabia ella que allí estaba él, su devoto criado, que la había visto nacer, y había sido su primer guía en sus paseos y sus carreras por el monte. Él no la abandonaría jamás; no tenía que hacer más que ir á buscarle cuando quisiera, y juntos correrían otra vez aquellos campos en el silencio y

la tranquilidad de la naturaleza, que es donde únicamente se pueden olvidar los enojos y las penas. Y si alguien pretendiere hacer daño á la señorita, ésta podía contar con él... y, "¡vive Dios!", exclamó airado.

Edmea respondió tristemente:

—No, Billet, no tienes que hacer nada. Súfrello todo como yo. Él será el amo aquí; ya ves... y podrá despedirte... Y entonces yo me quedaré sola.

El guarda estuvo suspenso un momento, y luego dijo:

—Pero no podría obligarme á que me fuera de este país... Y aunque él quisiera, yo no me iría... porque yo amo esta tierra... Aquí he nacido, y he gastado aquí muchas suelas en los zapatos andando por esta tierra... Y aquí me han de enterrar, y no en otra parte.

Y allí se estuvieron silenciosos, engolfados en sus reflexiones, y la noche se aproximaba; el sol, abrasando el horizonte, esparcía á través de los arbustos, ya despojados de sus hojas, resplandores de incendio. Billet levantó lentamente la cabeza, contempló el cielo, y dijo á la niña:

—Mire la señorita, mire qué sol poniente tan rojo... Parece que el bosque está empapado en sangre.

Edmea se estremeció oyendo estas palabras, como si hubiera oído un siniestro pronóstico. Fijó en el suelo sus ojos, cegados por los últimos rayos del sol, y, con terror, creyó que veía sobre la tierra manchas sangrientas. Levantose súbitamente. Le parecía que iba á llevar en sus ropas ó en sus manos alguna de aquellas manchas imaginarias. De pronto, el globo de púrpura bajó por detrás de la línea de árboles; en el cielo no se vió el rojo color del incendio, y todo quedó obscuro y sombrío como el porvenir.

—Buenas noches, Billet:—dijo Edmea,—Me he entretenido mucho aquí, y tengo que marcharme. No pienses más en lo que te he dicho; no me hagas caso.

—¡Bah! Eso se verá.

—Me ha faltado el ánimo de otras veces. No me sucederá más... Y tú has de ser prudente, y sumiso y bueno...

—¡Bueno, bueno!—repitió el guarda, en tono de amenaza.

—Adiós.

Atravesó el parque, llegó delante de su casa, vió iluminadas las ventanas del salón y la silueta de un hombre que proyectaba su sombra sobre los visillos. Suspiró tristemente: pero, resuelta, subió y entró. Allí estaba el intrépi-